



**JAIME LARRAÍN AYUSO**

*Puertas de embarque*

*Cuentos mortales*

*y otros nanocuentos terminales*

EL GUARDIÁN LITERARIO

JAIME LARRAÍN AYUSO

*Puertas de embarque*

*Cuentos mortales*

*y otros nanocuentos terminales*



EL GUARDIÁN LITERARIO

*“Entre todas las ficciones, la realidad  
era la que menos le interesaba”.*



## Índice

<b>Muerte súbita</b> .....	11
Nanocuento 1.....	23
Nanocuento 2.....	24
<b>Espejo elocuente</b> .....	25
Nanocuento 3.....	32
<b>Blanco</b> (título provisorio).....	33
Nanocuento 4.....	36
<b>Olvido involuntario</b> .....	37
<b>Desayuno</b> .....	39
<b>Riesgo</b> .....	41
Nanocuento 5.....	48
Nanocuento 6.....	49
Nanocuento 7.....	50
<b>Aplausos al ocaso</b> .....	51
<b>Algoritmo</b> .....	61
<b>Nadine</b> .....	71
Nanocuento 8.....	76
<b>Juicio final</b> .....	77
Nanocuento 9.....	83
Nanocuento 10.....	84
<b>Inmortalidad</b> .....	85
Nanocuento 11.....	94
<b>Agonía Papal</b> .....	95
Nanocuento 12.....	100
<b>Sombras y susurros</b> .....	101
Nanocuento 13, y final.....	117

## ***Muerte súbita***

*Hola, soy Gustavo, y creo que usted no me conoce. Le estoy escribiendo a todos los contactos de WhatsApp que figuran en este teléfono. Imagino que, aunque sea doloroso, cada uno preferiría recibir la noticia por este medio que a través del rumor o la prensa. El COVID-19 le ganó esta última batalla hace ya dos días. Me disculpo por no haberles avisado antes, ya que debí dedicarme de lleno a los trámites de cremación del cadáver. Desgraciadamente, no han podido entregarme las cenizas, ya que estas se mezclaron con otras, como puede comprenderse tras una cremación grupal. En todo caso, y como algo simbólico, guardaré una pequeña ánfora con su nombre, cuya foto adjunto.*

*Respecto a la obra del autor, continuaré trabajando en lo pendiente y recopilando algún material póstumo y, por cierto, ocupado de la representación legal frente a la editorial. Lamento haber interrumpido vuestras vidas, ya agitadas por la pandemia, con esta noticia que me tiene devastado. Disculpen mi redacción. Nunca logré aprender bien lo que me enseñó mi maestro.*

Tras un sorbo del café de media mañana y con la certeza de que estaba vivo, a juzgar por la artritis, más que

justificada a sus 73 años, puso su dedo nudoso sobre la tecla *Enviar* y la oprimió como si exhalara su último suspiro, suavemente. La noticia de su muerte, se hizo lapidaria, irreversible. Hoy comenzaría su vida como escritor muerto, una nueva experiencia, quizás inédita y que, potencialmente podría ser un boceto para la siguiente novela. Estaba por verse, aunque por ahora llevaría una vida voyerista, la de un fantasma que no tiene la menor duda que está vivo, mientras transita sin ser visto.

La idea de morir y de tener un ayudante que nunca tuvo fue el resultado, como siempre, de la conjunción de dos hechos que curiosamente concurren al mismo tiempo y sin previo aviso: la pandemia y la muerte de un escritor.

Era el día 23 de la cuarentena, un día en que la vida allá afuera se había desdibujado por sus inasistencias reiteradas y la existencia sólo estaba transitando por vicisitudes internas, confusos a veces, intimistas, contradictorios, y aunque esa era la rutina como escritor, ahora estaban copando todo el existir. Fue en ese deambular de la mente cuando se hizo presente el recurrente tema del para qué escribir y el sinsentido volvió a campar en su mente. Sabía que era un tema cíclico, y había aprendido a escamotear la pregunta con una justificación que le parecía reconfortante, aunque no respondía la pregunta de fondo: Y si no escribo, ¿Qué haría?

Su destino ya había estado en manos de varios editores, todos amables y que, supuestamente, valoraban su trabajo, a juzgar por su interés en publicarle. Pero, todos

tenían el mismo sello: el hermetismo. Nunca se enteró del verdadero por qué publicaban sus textos, aunque supuso algunas explicaciones tranquilizadoras: que la obra es genial; que es comercial; que es atingente al momento social; que hay riqueza literaria; que los personajes están bien contruidos; o tantas posibles explicaciones para valorar una obra, pero nada. Nunca tuvo una respuesta clara, como si quisieran dejarle establecido que es un negocio del cual tú no sabes. Con el tiempo, se dio cuenta de que ellos tampoco, y que cometían errores garrafales, aunque quizás eran intencionales y premeditados. Al observar que algunas obras deleznable son publicadas, y a veces veneradas, o cuando reflotan las anécdotas de famosos que fueron rechazados por años de soledad, como a García Márquez y tantos otros, constatar que navegaba en un mundo aleatorio, altamente entrópico y con una relatividad que dejaría boquiabierto al mismo Einstein. O ¿qué habría sido de Joyce sin aquella librería, Sylvia Beach, que caminó más que Ulises para apoyarle con santa paciencia y una buena cantidad de dinero, además de una confianza que aún no se explica? Si en la adolescencia y parte de su adultez estuvo convencido de que toda buena obra sería publicada porque existe una justicia librería que lo permitiría, ahora, ya con kilometraje y con la desconfianza propia de los viejos, sólo podía asegurar que no existe ninguna lógica que explique los fenómenos editoriales. Y si la hay, no la entendía.

En varias ocasiones, y sintiendo vergüenza, intentó sondear con su editor algo sobre su trabajo, se arriesgó

después de mucha espera esperanzada por escuchar algo espontáneo. Hacía, recordó, comentarios superfluos, voluntariamente irrelevantes, para dejarle espacio a una reflexión del editor sobre la trama, o la fuerza de un personaje o cómo la trama secundaria debería tomar relevancia en otro momento, algo, algo, pero nada. Al punto que dudaba si había leído el texto. También intentaba desentrañar la real motivación del editor, ya que entre sus aciertos comerciales también figuraban algunos bordos literarios que, supuestamente, desdibujaban la imagen corporativa del sello editorial, aunque con el tiempo desechó esa variable. Simplemente parecía no haber una imagen corporativa, y ahora, a diferencia de otros tiempos, la batalla entre las editoriales se estaba dando título a título, sin cuidar ni el prestigio ni la trayectoria.

A pesar de esos silencios, y concluyendo que finalmente lo importante es ser publicado, decidió olvidar, por un tiempo al menos, esa expectativa romántica del editor que vibra con la obra de su nuevo talento, descubierto y desarrollado bajo la tutela sabia de quien sabe más que cualquier escritor, aunque nunca haya escrito. Añoraba tener un editor como Max Perkins, el que descubrió a Hemingway, a Steinbeck, a Fitzgerald, apasionado hasta el trasnoche y presa de la angustia por la obra de Thomas Wolfe, obsesionado por llevarlo a la fama. Sin duda, Wolfe, junto a Perkins, no se sentía solo frente al vértigo del escribir, y más que sentirse leído, apreciaba la compañía cómplice y obsesiva como consuelo de sus inseguridades. Muchas noches, largas,



también hubiera querido que el fantasma de Perkins le acompañara, aunque fuera para destrozar varios capítulos. Pero de día, agradecía a la vida que nadie husmeara en sus textos, ni menos con comentarios que nunca eran pertinentes a lo que estaba buscando, o confirmando, o dudando, nunca. En ese sentido, el editor moderno, hierático, inexpresivo y hermético, le venía como anillo al dedo: debería comerse la expectativa de algún comentario constructivo, pero también le salvaba del desagrado de comprobar que no veían lo que el autor veía en sus textos. Jamás hubiera querido vivir lo que le ocurrió a Raymond Carver: llegar a la fama por sus finales geniales, precisamente por aquello que no había escrito, era patético. Gordon Lish, su editor, debió llevarse los laureles de ese minimalismo por los finales escuetos y abruptos o, abiertamente, debió haberse pasado al bando de los escritores.

Sabía que la soledad del escritor no termina cuando pone el punto final a un cuento o una novela. A eso le siguen varios silencios: del editor parco que te publica y nunca sabes por qué y luego el silencio del lector, que te ha tenido en sus manos sin mascullar una palabra que el autor pudiera oír desde su sofá. Quizás, pensó una mañana de esas aburridas, que el libro debiera tener una cámara oculta, en la o de alguna palabra, para poder observar la expresión del lector, esté donde esté. Descifrar, aunque fuera por pequeños gestos, alguna pupila más dilatada, una ceja inquisidora, un rechinar de dientes o un balanceo intolerante de la cabeza, algo. Obviamente, la

cámara debería indicar el párrafo que se estaba leyendo. Le importaba más ese efímero contacto, aunque misterioso e indescifrable que el análisis de un crítico, salvo el de aquellos que ayudan a vender más.

Gustavo no existía y, por lo tanto, no podría encargarle la misión de entrevistar a algunos de sus lectores que, para el autor, no estaban significando más que números de la editorial. Escribir para que te lean y jamás conocer a tus lectores, ¡vaya paradoja! Entonces, decidí investigar personalmente, con un pudor levemente menor que su curiosidad.

En una ocasión, hace 3 años, siendo presa de la inseguridad, se instaló a pocos metros de la estantería del Ateneo donde estaban sus novelas. Quería saber cómo era uno, al menos uno de sus lectores, verles la cara o cómo se ajustaban la montura de sus anteojos para leer mejor la contratapa, que tanto trabajo le había costado redactar. Con suerte, podría entablar una conversación de lector a lector y conocer que andaba buscando o cómo su índice hurgaba hasta sacar su libro entre tantos. Se atrevió a abordar a una señora que podría encarnar al lector común: no parecía intelectual ni adicta a bestsellers, sólo era una señora cincuentona arropada en una bufanda que arrastraba por el suelo.

—No es fácil saber cómo ordenan los libros en las estanterías —afirmó, para entablar algún diálogo, haciéndose el despistado.

—Por orden alfabético —respondió la señora, sin mirarlo.

—¿También anda buscando un thriller como yo? —balbució, con una sonrisa algo compungida. Obviamente estaba interrumpiendo su sagrado momento de elegir qué leería, de modo que optó por el clásico socorro del ignorante:

—¿Qué me recomendaría? —Ella le miro con unos ojos de bagre fuera del agua, se sacó los anteojos, de marco negro y grueso, para verlo por primera vez, hizo una pausa y masculló:

—Depende, depende —respondió con la suficiente ambigüedad como para escabullirse, dando a entender que dominaba todos los factores de los cuales depende la delicada misión de elegir un libro.

—Thriller Político, ¿cuál me recomendaría? —dijo, poniéndose al descubierto.

—¿Le gustan? —farfulló con las cejas arrugadas, y con ello dedujo sin dudarlo que nunca le había leído. Así y todo, no quiso soltar a la presa, aún, y agregó:

—Me recomendaron esta —insistió, mientras sacaba una de sus novelas., su mejor thriller político, o al menos eso creía.

—Ajá, sí la leí, hace dos años, pero no era ni thriller ni política —dijo sin saber el daño que le estaba causando. A pesar de la estocada involuntaria, supo que era el momento de preguntar qué le había parecido, pero ella se adelantó:

—Me gustó —dijo con ojos volteados al pasado, intentando rescatar alguna idea. Y sí bien ella le había anotado un like, el autor quería más.

—Y ¿por qué? —preguntó intentando la mayor de las inocencias.

—No me acuerdo, pero me gustó. —Ese fue el momento en que se arrepintió de su operativo Ateneo y quiso esfumarme o tomarse un café con 28 croissants o un croissant y 28 cafés.

—Gracias —alcanzó a contestar mientras se alejaba lamiéndose sus heridas. Ese día, se le disipó definitivamente la curiosidad por interpelar a desconocidos, pero volvía a sumergirse en el misterio y continuar escribiendo dentro de la espesa niebla que acompaña al escritor.

Quizás, si no hubiera sido por la noticia de la muerte del escritor Luis Sepúlveda a manos del COVID-19, los recurrentes devaneos, que asolan la soledad del escritor, no habrían tenido mayor repercusión, sólo habrían sido lo que siempre eran, una catarsis estentórea que nunca llegaba a puerto. Luis había muerto tras 48 días en una trinchera de Oviedo, aquel 29 de febrero, luego de participar en el Festival Literario Correntes dEscritas, en Portugal, contagiando literatura, como siempre. Se le hizo evidente que el virus también mataba a escritores y que los muros del gremio eran franqueables por la pandemia. Apenas terminó de pensar esto, se dio cuenta de lo estúpida que era esa idea, tan estúpida como la de los adolescentes que están convencidos de que sólo los demás se mueren. Y un dejo de fragilidad le visitó. ¿Quedarían huérfanos esos indios shuar de la selva ecuatoriana y aquellos pájaros coloridos ya no volarían ahora que Luis se había ido? Pero sí estaba, pensó luego, allí estaba

el viejo que escribía historias de amor para que vivieran en la mente de algunos lectores que les habían dado cobijo en su corazón. Eso le alegró, aunque nunca podría saberlo y de saberlo, quizás por eso mismo, se echarían a volar buscando nuevas incertidumbres.

Mientras limpiaba el vidrio empañado para mirar como otoñaba su árbol japonés, ya con hojas rojas listas para suceder a las amarillas que ya dormían sobre el césped, volvió a recordar a Luis y fue recorriendo mentalmente todos los comentarios, pésames, lamentaciones, reconocimientos tardíos, oportunistas de poca monta, incluso a alguno que se atrevió a denostarlo aún con el cadáver tibio. Le tomó toda una tarde y, entre reseñas literarias, datos biográficos, críticas, comparaciones odiosas sobre el realismo mágico o acusaciones sobre la filiación marxista del autor, armó un puzzle diferente al que ya tenía, pudo establecer algunos vínculos, tomar consciencia de su opción prematura por el ecologismo y también interesarse por algunas obras que no le había leído. Gran tarde, aunque no todos se dan una tarde completa para despedirse de un escritor. Con ese rating que da la muerte, efímero, por cierto, se le ocurrió morir por pura curiosidad.

Armó la estrategia de crear a Gustavo para que anunciara su muerte, se cambió de ciudad y un viejo florero de su tía Marta se convirtió en el ánfora con las cenizas imaginarias. Poco duró el duelo de sus contactos de WhatsApp. No más de 72 horas, la mayoría preguntando el horario de la cremación, aunque el mail

especificaba claramente que ya había ocurrido. Baja comprensión lectora, pensó sin pensarlo más. Entre mucho lugar común y varios emoticones con lágrimas, el tiempo fue pasando, la pandemia también, y él seguía muerto, como tenía que ser.

Ya muerto, se dedicó a terminar una novela que venía arrastrándose por largos meses y algunas noches revisaba las notas de prensa sobre el *sorpresivo desenlace de nuestro escritor*. Lo de nuestro le sonó a falso y, más allá de enumerar su currícula y las obras publicadas, no encontró nada relacionado con los textos. Allí se dio cuenta de que a Luis Sepúlveda le pasó exactamente igual y que ni siquiera después de muerto se puede acceder a algún comentario sobre tu trabajo. Constatado esto, en el día en que murió su gato Fellini, decidió morirse de verdad y cerrar su existencia y la de sus obras. Pero morirse no era el término exacto, ya que se reencarnaría de inmediato, sin dejar pasar ni un minuto: buscó un nombre para su nueva encarnación imaginaria, que pareciera llamativo; e invirtiendo los números, de sus 72 pasaría a tener 27, la edad de la muerte de Emy Winehouse, de Morrison, de Hendrix, Janis Joplin, decidió que ahora sería un joven escritor, supuestamente talentoso como para encontrar un editor, y finalmente tendría un Gustavo experto en redes sociales y que también se encargaría de organizar clubs de lectores para leer y analizar la obra del joven y recién descubierto escritor. Allí, tras la fachada de un anciano que le gusta leer para soportar la jubilación tras una vida como empleado fiscal, participaría y, al fin,

podría escuchar a los lectores después de una vida de ausencia y silencio. ¡Qué emoción y qué miedo! Sabía que correría un riesgo: un autor joven, desconocido, y no bendecido por los altares de la literatura, es más fácil de destrozar, de modo que debería contentarse con elogios como “prometedor” o algo así. Lo preocupante y desolador sería que después de haberse esforzado en morir y de reencarnar, su nueva existencia pasara sin pena ni gloria. Sería lamentable, como para morirse de verdad.

Envió su última novela inédita, la que terminó cuando ya estaba muerto, a una editorial con su nueva identidad, Aron Ash, corto y comercial, con muchas A para estar entre los primeros de las listas y estanterías, y esperó dos meses antes de insistir. Unos días después recibía un mail:

*Estimado Aron, decía, Hemos leído su obra y si bien es cierto usted tiene un cierto talento, no es menor el constatar que su corta edad literaria, me refiero, queda en evidencia. De acuerdo con nuestra línea editorial, le sugerimos que continúe escribiendo y quizás en unos años más usted esté en la lista de nuestros autores. Sin otro particular y deseándole mucho éxito, se despide cordialmente ...*  
(nombre borrado)

Gustavo respondió el mail al día siguiente:

*Estimado Editor, lamento comunicarle que el novel escritor se suicidó anoche. Usted puede imaginar el impacto que sufrió al ver su obra rechazada. Según me comentó antes del deceso, le dolió particularmente la ausencia de comentarios y de argumentos para*

*tal negativa, tajante, lapidaria. Sin entrar a defender su obra, me remito, en consecuencia, a que me indique cuando puedo pasar a recoger el original que le presentó. Atte. Gustavo Vivez.*

Esta vez, fue el dedo de Gustavo el que oprimió *Enviar*. Y rieron sin parar, a morir.



## ***Nanocuento 1***

Un libro de autoayuda quedó tirado en el lugar del crimen, aún cerrado.

23



## ***Nanocuento 2***

Un terapeuta lo había convencido de que era estúpido el ser pesimista cuando era tan fácil ser optimista. Y así lo practicó con excelentes resultados hasta el día en que le confirmaron aquello que tanto temió: Le queda poco, le dijo el médico. En sus días agónicos lamentó haber dejado atrás su pesimismo, aquel que le daba tantas certezas.



